

**INTERNET E IDENTIDAD NACIONAL:
ESTADO, DOMINIOS Y COMUNIDADES VIRTUALES**

**INTERNET AND NATIONAL IDENTITY
STATE, DOMAINS AND VIRTUAL COMMUNITIES**

**Alvar Peris
(Universidad de València)**

**IC - Revista Científica de
Información y Comunicación
2010, 7, pp. 221-253**

<http://dx.doi.org/IC.2010.i01.10>

Resumen

Este artículo trata de analizar hasta qué punto las tecnologías de la información y la comunicación, especialmente Internet, están contribuyendo a transformar los conceptos tradicionales en torno a la identidad nacional y a socavar la soberanía del Estado-nación, tal y como se sostiene desde distintos foros, en un momento de profundos cambios asociados a la globalización.

Abstract

This paper tries to analyze the extent to which information and communication technologies, especially the Internet, are contributing to the transformation of traditional concepts of national identity and the undermining of nation-state sovereignty, as several forums maintain, at a moment of profound changes associated with globalization.

Palabras clave:

Identidad nacional / Internet / Dominio / Comunidades virtuales / Estado

Keywords:

National identity / The Internet / Domain / Virtual communities / State

Sumario

1. Introducción
2. Internet: fuerza democratizadora sin fronteras
3. Internet y el Estado-nación: encuentros y desencuentros
 - 3.1. La presencia del Estado-nación en Internet
 - 3.2. Internet y la construcción de identidad
 - 3.3. La brecha digital: entre el Estado y el mercado
4. Internet y la re-territorialización
5. A modo de conclusión

Summary

1. *Introduction*
2. *The Internet: a democratizing force without frontiers*
3. *The Internet and the Nation-State: agreements and disagreements*
 - 3.1. *The presence of the National-State in the Internet*
 - 3.2. *The Internet and identity construction*
 - 3.3. *Digital divide: between the State and the market*
4. *The Internet and re-territorialization*
5. *As a conclusion*

1. Introducción

En septiembre de 2005, la *Internet Corporation for Assigned Names and Numbers* (ICANN) –la entidad responsable de la coordinación del sistema de nombres de dominios en Internet- concedía un dominio propio para la comunidad lingüística y cultural catalana: el .cat. Se trataba del primer dominio que representaba a nivel global a un grupo lingüístico y cultural y, por este motivo, entre otros, la noticia tuvo una cierta repercusión en los medios de comunicación españoles y, cómo no, catalanes, que le concedieron una amplia cobertura. De todas formas, la aproximación que ofrecieron unos y otros difirió sustancialmente. Así, mientras los medios catalanes recogían su satisfacción por este reconocimiento cibernético, desde otros lugares del Estado español el suceso era visto con recelo y se podría decir que hasta con cierta indignación. De modo que, un hecho que debería dejarnos indiferentes o alegrarnos sin más, era objeto de otras interpretaciones, sobre todo en clave identitaria, que no dejan de ser paradójicas en el entorno global en el que nos movemos. Pues, si las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC), e Internet lo es, tienen o aspiran a tener un carácter transnacional y democratizador, libres de las fronteras paralizantes de los Estados-nación, ¿qué más da si la cultura catalana accede a un dominio propio en la red? ¿Los nuevos medios no nos ofrecen una autonomía máxima en su consumo? ¿A alguien le importa,

entonces, que algunos ciudadanos accedan a según qué páginas escritas en su lengua y con dominio propio? ¿A quién? Y, con más motivo, ¿por qué?

Evidentemente, a algunas personas no les sentó nada bien aquello y les importó hasta el punto de ridiculizar el logro o cuestionarlo abiertamente. De algún modo, este reconocimiento simbólico hace explícita en la red una realidad cultural, la catalana, que se articula más allá de los límites del Estado español, y eso no siempre es fácil de digerir. En un momento en el que se proclama la defunción del Estado-nación como consecuencia, en parte, de la actividad de las nuevas tecnologías, estas reacciones parecen dirigirse en dirección opuesta. Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Hay o no hay fronteras? ¿Finiquitamos el Estado-nación o le damos cuerda? La respuesta no es tan sencilla como parece y ejemplos como éste ponen de manifiesto que abordar el ocaso del Estado-nación en una era global, de movimiento y desterritorialización, es, sin duda, complejo y ofrece muchas perspectivas no siempre bien resueltas.

De entrada, numerosos trabajos provenientes de una variedad de disciplinas y autores notable nos plantean, con más o menos solvencia, un escenario moldeado («por el movimiento de bienes y capitales, el flujo de comunicación, el intercambio cultural y el tránsito de personas») (Held, 1997). Dentro de este mundo globalizado, el Estado-nación se encuentra atrapado en una red de interdependencia global que le incapacita, en muchas ocasiones, para cumplir sus funciones básicas sin recurrir a la cooperación internacional. Por vez primera, muchas de las decisiones que toma como sujeto político sobrepasan los límites de sus fronteras territoriales, al tiempo que las comunidades nacionales ya no son las únicas que ejercen influencia sobre las vidas de sus miembros. La decadencia del Estado-nación, dicen Hardt y Negri (2002), es un proceso estructural e irreversible.

Es innegable, por tanto, que la globalización, con las transformaciones económicas, políticas y sociales que le son asociadas, está amenazando parte de la legitimidad y soberanía de los Estados-nación. Ahora bien, parece un poco prematuro aventurar su defunción. Una cosa es querer que esto suceda y otra bien diferente que esto sea así. Diversos autores (Held, 1997; Everard, 2000; Mann, 2000) han cuestionado con rigor la rapidez con la que se presagia la erosión del Estado. Herido de muerte o no, aún le conceden capacidad suficiente para representar un papel central en esta era global, sobre todo en lo referente a temas capitales como la construcción de identidad (Billig, 1995) y su tradicional rol en el mantenimiento de la seguridad, tanto nacional como internacional (Everard, 2000). Estos trabajos nos advierten de la conveniencia de ser cautos a la hora de hacer valoraciones de este tipo y nos obligan a profundizar sobre ello si queremos sacar algo en claro. Con la intención de participar de este debate, nos hemos propuesto en las páginas que siguen elaborar un recorrido por uno de los fenómenos que se han considerado más determinantes en esa vulnerabilidad

del Estado-nación, como es el papel que juegan en ese proceso las TIC y, muy especialmente, Internet.

2. Internet: fuerza democratizadora sin fronteras

Desde la caída del muro de Berlín, las tesis del liberalismo económico se han extendido sin cortapisas. Abanderadas por los Estados Unidos o el Reino Unido a principios de los años ochenta, estas directrices se han acabado imponiendo en el contexto de un orden global altamente interconectado. Para ello, se han valido de instituciones públicas de carácter transnacional como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio (OMC), que han hecho de la liberalización de los mercados y la internacionalización del capital productivo y financiero los ejes principales de sus políticas. Pero también se han beneficiado del desarrollo de las redes electrónicas y las tecnologías digitales, cuya incidencia alcanza distintos ámbitos de la sociedad. Una de las transformaciones más importantes es la que atañe a los sistemas de información y comunicación. De hecho, no se entiende la cultura global sin cuestiones como la revolución tecnológica, la desregulación de las comunicaciones y la concentración empresarial que ha experimentado este sector en expansión.

Por vez primera, la combinación de las tecnologías asociadas al campo de la informática y a los sistemas de transmisión dará lugar a la creación de nuevos medios en los que convergen sonido, imagen y texto, y a la transformación de los ya conocidos como la televisión que, gracias a los satélites de comunicación, empezará a mundializar sus señales. La búsqueda de un público global obliga a las multinacionales de la cultura hacia una homogeneización de los productos y, por consiguiente, también de los gustos. Películas, discos y libros se consumen por igual en Atlanta, Estambul o Shanghai. Se trata de productos que, liberados supuestamente de su adscripción nacional, pasan a formar parte de un imaginario transnacional, convertidos ya en iconos planetarios. Nace lo que algunos han denominado la 'cultura de consumo global' o la 'California-ización', en palabras de Kenichi Ohmae (1996, p. 28).

Sin duda, quien más y mejor ha capitalizado esta nueva realidad social han sido las TIC, sobre todo Internet. Prácticamente desconocida hace quince años, en los últimos tiempos se ha convertido en un fenómeno mundial que suscita entusiasmos y controversias a partes iguales. Lo que es indiscutible es su espectacular progresión. Se ha pasado de los 16 millones de usuarios en todo el mundo de finales de 1995 (el primer año de uso generalizado) a los más de 1.000 millones que se contabilizaban en el 2006 (Castells, 2001, p. 17). En el 2008 el número de internautas en el mundo era ya de 1.500 millones, con todavía márgenes muy importantes de crecimiento en los países

emergentes y menos desarrollados¹. Una cifras de vértigo que nos indican la trascendencia que está adquiriendo la Red en la constitución de la sociedad contemporánea, fundamentalmente gracias a la alteración de nuestra percepción del tiempo y del espacio. Considerada como el germen de una nueva sociedad civil, para muchos Internet «define un nuevo espacio de interacción, que cuestiona las formas clásicas de organización social basadas en la territorialidad, presencialidad y proximidad, desbordando las fronteras geográficas y políticas» (Lozada, 2001, p. 136). En ese sentido, como aseguran algunos geógrafos posmodernos, vivimos en espacios virtuales y redes de comunicación más que en una geografía de fronteras físicas (Morley, 1996). Estos espacios virtuales desterritorializados generan, asimismo, nuevas maneras de relacionarse consigo mismo y con los demás.

Para la psicóloga Sherry Turkle, Internet se ha convertido en uno de los principales instrumentos sociales para experimentar con las deconstrucciones y reconstrucciones del yo que caracterizan al sujeto contemporáneo, llamado posmoderno. A partir de los planteamientos que han expuesto la crisis del sujeto moderno, centrado y totalizador (Hall, 1992, 1996), Turkle entiende las ventanas que se distribuyen en la pantalla del ordenador como una metáfora poderosa para pensar el 'yo' como un sistema múltiple, que existe en varios mundos e interpreta diferentes papeles al mismo tiempo. Se trata, según sus palabras, de un sujeto 'flexible' que no es unitario ni sus partes son entidades estables (Turkle, 1997, p. 328). Al contrario, habitamos un mundo en que cualquier cosa se puede negociar, incluso otras realidades. En eso consiste ser 'flexible', en tener las comunicaciones abiertas. Podemos ser quienes queramos ser, cambiar nuestra identidad sexual o de género; defender cualquier posicionamiento ideológico; inventarnos un presente y también un pasado sin rendir cuentas a nadie. En pocas palabras, inventarnos cada día, a cada momento, en un mundo virtual donde un significante ya no señala un significado. Como afirma la autora, «nos movemos hacia una cultura de la simulación en la que la gente se siente cada vez más cómoda con la sustitución de la propia identidad por sus representaciones» (Turkle, 1997, p. 33). Para eso utilizamos la vida en nuestras pantallas, para sentirnos cómodos con nuestras maneras de pensar sobre nosotros mismos y sobre los demás, independientemente del género, la orientación sexual, la edad, la clase o la raza. Una interacción de las comunicaciones *online* donde los marcadores de diferencia no tienen sentido y toma forma un cierto espíritu inconformista que permite una mayor capacidad para el reconocimiento de la diversidad.

¹ *España 2009. Informe Anual sobre el desarrollo de la Sociedad de la Información en España.* Fundación France-Telecom España: Madrid, p. 27-28.

Pero del mismo modo en que el ordenador colabora en este desmembramiento del sujeto, también incide en su 'retribalización'. La asociación entre los referentes culturales, territoriales y políticos se difumina («Nuestro arraigo a un lugar se ha atenuado», dice Turkle (1997, p. 226)², pero se establecen nuevas maneras de agruparse. Nos escribimos con personas que se encuentran al otro lado del planeta, formamos parte de listas de correos internacionales y participamos en foros y chats donde nos juntamos con gente con la que compartimos mucho más que con nuestros vecinos o conciudadanos. Estos nuevos patrones de interacción social son una de las consecuencias más visibles de la introducción del ciberespacio en nuestras vidas. «El ciberespacio ya es el hogar de miles de grupos de personas que se encuentran para compartir información, hablar de intereses mutuos, jugar a ciertos juegos y llevar a cabo sus negocios» (Kollock y Smith, 2003, p. 37). Se forman nuevos tipos de comunidades basadas esencialmente en la comunicación *online*, que se reúnen entorno a una serie de valores e intereses compartidos. Este hecho se ha interpretado como la culminación de un proceso histórico de disociación entre localidad y sociabilidad en la formación de la comunidad (Castells y Tubella, 2002). Es el nacimiento de las comunidades virtuales, según el nombre célebre con el que las definió Howard Rheingold en un influyente trabajo publicado en el año 2000.

Con estas nuevas maneras de relacionarse, la gente desarrolla experiencias, identidades y espacios para vivir que surgen sólo a través de la interacción con la tecnología. En la actualidad, hay una enorme diversidad de comunidades virtuales que se aprovechan de las herramientas interactivas que favorece la red, desde los chats o los foros, pasando por las listas de correo electrónico o los juegos en red. Probablemente sean los programas que recrean mundos virtuales los que mejor hayan escenificado esta nueva 'realidad'. Los trabajos de Rheingold (2000) y de Turkle (1997) sobre los llamados MUD's (*Multi User Domains*) o el fenómeno más reciente de *Second Life* (todavía por explorar) así lo demuestran³. Estos juegos se caracterizan por ofrecer vidas e identidades paralelas hasta el punto de tratar las vidas dentro y fuera de la pantalla con un grado de igualdad sorprendente. Lo real y lo artificial se confunden hasta el punto que algunos, como el mismo Rheingold, llegan a considerar estos mundos *online* más 'auténticos' que la propia realidad.

² El antropólogo García Canclini, quien se ha dedicado a intentar descifrar las prácticas culturales de la desterritorialización, se refiere a este proceso como la pérdida de la relación 'natural' entre cultura y territorio geográfico y social (1999).

³ En un principio, estos juegos se conocieron como *Multi-User Dungeons* en referencia a uno de los primeros y más exitosos juegos de rol y aventuras de todos los tiempos, *Dungeons and Dragons*, conocido en español como Dragones y Mazmorras. Su evolución ha desarrollado juegos como *Second Life*, que llevan la creación de mundos virtuales a su máxima expresión con notable éxito. Sus fieles seguidores se cuentan por millones en todo el mundo.

Otros, en cambio, consideran que el modelo social favorecido por las nuevas tecnologías va más allá de las 'comunidades virtuales' y se muestran críticos con esta limitada manera de entender los usos y la sociabilidad que promueve Internet. Para Castells, por ejemplo, los juegos y las actividades centradas en la reconfiguración identitaria como base de la interacción *online*, como los MUD's, tienden a concentrarse en los sectores más jóvenes de la sociedad y no son generalizables. Admite, no obstante, que la incidencia social de Internet es tan diversa y contradictoria como la propia sociedad y, en general, sus usuarios suelen acceder a las nuevas tecnologías para satisfacer sus intereses o deseos. En ese sentido, la gente utiliza Internet como el resto de medios de comunicación (Castells y Tubella, 2002).

Desde este punto de vista, Castells considera que lo que realmente promueve Internet es el llamado 'individualismo en red'. No se trata de una colección de individuos aislados, ajenos a lo que les rodea, sino de personas que construyen una serie de redes, bien sean virtuales o reales, a partir de intereses, valores, afinidades y proyectos. Sucede que, debido a la importancia de Internet en las comunicaciones globales, la interacción social *online* está adquiriendo un papel cada vez más determinante en este proceso. Se dan forma a nuevas comunidades, «diferentes por naturaleza de las comunidades físicas, pero no necesariamente menos intensas o menos efectivas a la hora de unir y movilizar» (Castells, 2001, p. 152). Las dos sensibilidades de las que habla Castells confluyen en una de las herramientas con más progresión en el actual Internet como son los *blogs*, en los que se conjugan estas relaciones comunicativas individuales al tiempo que colectivas. El lugar físico y el ciberespacio se juntan en un 'híbrido de comunicación' que supone el embrión de una forma social nueva: la sociedad red (Castells, 2001). Una nueva estructura en emergencia, propia de los países avanzados, donde las TIC adquieren un mayor desarrollo en todos los ámbitos de la sociedad e Internet se convierte en una infraestructura indispensable cuya trascendencia política debe ir encaminada a la construcción de una cultura cívica que profundice en el sistema democrático (Castells y Tubella, 2002, p. 9).

El potencial comunicativo, no jerárquico y relativamente asequible de Internet ha sido aprovechado en los últimos años por movimientos sociales, ONG's y gente anónima para articular un discurso alternativo, alejado de las elites mediáticas, que la han convertido en una poderosa herramienta antisistema. De ese modo, los nuevos medios pueden amparar causas políticas y sociales que de otra manera se hubieran visto abocadas al silencio mediático o al fracaso (Francescutti, 2005, p. 64). Así, de un tiempo a esta parte, parece constatarse que una sociedad civil transnacional, con ágiles modelos organizativos y acceso a los medios de comunicación, ha saltado a la escena de la globalización ayudando a generar una conciencia de los conflictos no reducida a los Estados (Méndez Rubio, 2003; Tarrow, 1999).

Sin ir más lejos, los nuevos zapatistas, el movimiento ecologista o los grupos de resistencia a la globalización han entendido a la perfección las potencialidades democratizadoras de las TIC, que se han tornado muy eficaces como herramientas de organización y movilización⁴. Estos ejemplos paradigmáticos de lo que podríamos llamar movimientos 'ciberresistentes' nos permiten comprobar cómo toda una serie de redes globales están funcionando al margen de los Estados-nación, que se ven incapaces de controlar esos flujos. Precisamente, la soberanía del Estado, que siempre se había construido a partir del control de la información, ve como dicho control se está empezando a erosionar, lenta pero irremisiblemente. Estos movimientos sociales y muchos otros han encontrado en las nuevas tecnologías la manera de difundir sus propuestas a escala transnacional y formar una opinión pública favorable que ejerza una presión social tal sobre los Estados que éstos no tengan más remedio que reconducir sus políticas. Desde este punto de vista, Internet y el ciberespacio están liderando una nueva sociedad más democrática, donde los ciudadanos son libres de las ataduras de los Estados-nación.

En este sentido, son muchos los que coinciden en apuntar que el ciberespacio está dando lugar a la recuperación de una especie de esfera pública poshabermasiana o a la creación de esferas públicas periféricas, como otros prefieren denominarlas (Sampedro y López, 2005), que permiten cuestionar y contrastar la esfera pública central, controlada por el poder político y los medios convencionales. Así, los espacios plurales y democráticos, multidireccionales y esencialmente políticos que éstas promueven, representan nuevos lugares autónomos en la formación de opinión que no son controlados por la tutela de los grupos hegemónicos, que han dejado de monopolizar el espacio público. Un ejemplo reciente a nivel global fueron las movilizaciones ciudadanas en contra de la guerra de Iraq (López, 2004). De hecho, en el Estado español, esas protestas han sido consideradas el momento de despegue de las prácticas de desobediencia civil y social (Jerez y López, 2005), las cuales alcanzarían su madurez entre el 11 y el 14 de marzo de 2004, es decir, el período que va desde los atentados cometidos por Al Qaeda en los trenes de Madrid hasta las elecciones generales que supusieron la derrota del conservador Partido Popular -PP- (Sampedro y Martínez Nicolás, 2005).

⁴ Un caso especialmente relevante ha sido el de Greenpeace, la organización ecologista mayor del mundo, cuyas acciones no violentas y de impacto mediático, aunque criticadas, han ayudado a concienciar y movilizar a la opinión pública sobre temas específicos (Castells, 1998, p. 153).

3. Internet y el Estado-nación: encuentros y desencuentros

En su popular trabajo *Television: Technology and Cultural Form* (1974), Raymond Williams dedica bastante espacio a cuestionar los planteamientos del llamado determinismo tecnológico. Éstos se basan en la creencia de que las nuevas tecnologías tienen un poder autónomo e intrínseco para modelar y transformar la sociedad, tanto para bien como para mal. Williams sostiene, en cambio, que no se puede tomar una nueva tecnología de forma aislada, sobre todo, las que tienen que ver con la comunicación. Al contrario, debemos entenderla como el resultado de una serie de interacciones complejas entre fuerzas tecnológicas, sociales, culturales, políticas, legales y económicas (Williams, 2003). Como demuestra la historia del siglo XX, cada medio de comunicación ha tenido una finalidad u otra dependiendo del contexto cultural o político en el que ha emergido. La radio no ha servido para lo mismo en los pueblos indígenas de la Amazonía que en la Alemania nazi. Si para unos el medio radiofónico era una manera de liberación y de reapropiación del discurso, para otros se trataba de un instrumento de propaganda y manipulación. La introducción de un nuevo medio, por tanto, no supone una alteración significativa e inmediata de la sociedad en la que aparece, sino que todo depende de los usos que ésta haga de él (Martín Barbero, 1987).

Las palabras de Williams vienen a cuestionar lo que Jenkins y Thorburn llaman la 'retórica de la inevitabilidad' (2003, p. 4), es decir, la asunción por parte de algunos que las TIC e Internet nos conducirán, irremisiblemente, a una sociedad más democrática. Uno de los principales argumentos en esa dirección es el que asume que Internet y las nuevas tecnologías interactúan al margen de los Estados. Aunque hemos comprobado que esta posición se fundamenta en razones poderosas, su entusiasmo le impide ver la otra parte de la moneda; la que nos demuestra, por ejemplo, que los Estados-nación todavía ejercen una capacidad de control mayor sobre las nuevas tecnologías de lo que a muchos les gustaría. Para indagar en las condiciones de ese control, debemos forzosamente hacer un poco de historia.

Es por todos conocido que las redes telemáticas que conocemos hoy en día, de las que Internet es sin duda la más popular, tienen un inicio como una tecnología militar desarrollada por los centros universitarios más prestigiosos del mundo y patrocinada por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Con el tiempo, uno de los sistemas más perfeccionados fue ARPANET, considerado como el embrión de la actual Internet. Pero no será hasta el 1993 cuando medios de comunicación, empresas e instituciones dirijan sus miradas hacia esta nueva tecnología. Para que ello sucediera tuvo una especial influencia la decidida apuesta del gobierno de Clinton, con su vicepresidente Al Gore a la cabeza. Con la metáfora de las 'autopistas de la información' se puso de manifiesto el carácter federal del

proyecto y dejaba bien a las claras cuáles eran sus intenciones frente a las insistentes demandas por parte de los sectores más liberales que pedían una Internet libre de la intervención gubernamental. El acto, en cambio, supuso la presentación en sociedad de una infraestructura de información 'nacional' que iba a transformar las relaciones económicas, políticas y sociales no sólo en los Estados Unidos sino en todo el mundo. Internet se tomó, desde el principio, como una cuestión de 'Estado', como pone de manifiesto la ley *US Information Infrastructure Act* que el Congreso no tardó en formalizar.

3.1. La presencia del Estado-nación en Internet

Para muchos, este primer impulso de la administración Clinton por encauzar los avances de las redes telemáticas no significa que los Estados tengan en la actualidad capacidad de intervención alguna en el ciberespacio. Bien al contrario, consideran, tal y como hemos expuesto anteriormente, que el intento por parte de éstos por ejercer un control directo sobre Internet ha fracasado. Independientemente de que seamos los primeros en constatar que la soberanía de los Estados-nación está siendo erosionada en algunas parcelas clave, no podemos dejar de observarlo como un proceso problemático, en esencia contradictorio, que no despeja las dudas que se generan entorno a su futuro y que nos obliga a no caer en afirmaciones complacientes. Lo cierto es que a poco que abordemos la capacidad de maniobra del Estado en la red, comprobaremos que ésta no es tan irrelevante como parece. A fin de cuentas, no debemos perder de vista que la sombra del gobierno de los Estados Unidos llega hasta la actualidad. Sin ir más lejos, en la Cumbre de Túnez de las Naciones Unidas sobre la sociedad de la información celebrada en noviembre de 2005, se acordó mantener el gobierno técnico de la red en manos de la sociedad norteamericana ICANN, una institución privada sin ánimo de lucro que se ubica en California y que se encuentra bajo la tutela del departamento de Comercio estadounidense. De ese modo, aunque solamente se encargue de administrar los dominios y direcciones de Internet, sus decisiones deben tener el beneplácito de Washington, para disgusto de países como China, Brasil o India⁵.

3.1.1. Entre el control y la seguridad

Si nos atenemos a los hechos, Internet se ha convertido en los últimos años en un instrumento de gran utilidad para los Estados a la hora de controlar los movimientos y acciones de sus ciudadanos. Hasta el mismo

⁵ *El País*, 17 de noviembre de 2005. Finalmente, lo único que pudo conseguir la ONU fue un acuerdo para abrir un debate que permitió la incorporación de otros Estados en este gobierno técnico de Internet.

Castells nos alerta ante la posibilidad de un futuro sistema electrónico de vigilancia gubernamental. Con la intención de combatir el crimen organizado internacional, que opera preferentemente a través de redes electrónicas, el grupo de los ocho países más poderosos del planeta, también llamado G-8, se reunió el año 2000 en París para crear un espacio nuevo y global de acción policial. Las decisiones que se tomaron en aquel encuentro llevaron a los Estados firmantes a compartir datos e información confidencial y se les obligaba a ponerse de acuerdo en unos estándares comunes de reglamentación y control policial con el objetivo de crear una red que se presumía más eficaz en un entorno digital como el actual. Siguiendo sus pasos, el Consejo de Europa no tardó en organizar una convención contra el 'cibercrimen', cuyo borrador redactaron las agencias de seguridad de los Estados europeos con el asesoramiento de las empresas globales de *software*, dando lugar a lo que podríamos establecer como el mayor intento hasta la fecha de controlar las comunicaciones a través de la red (Castells, 2001, p. 203). Más tarde, ese control se ha agudizado como consecuencia de la guerra emprendida por algunos gobiernos, en particular los Estados Unidos, contra el terrorismo internacional. Poco después de los atentados del 11-S, la Casa Blanca aprovechó el miedo en el que se había instalado la sociedad norteamericana para aprobar la *USA Patriot Act*, una ley que otorga al gobierno una libertad sin precedentes a la hora de conseguir información de los ciudadanos. En esas medidas se da carta blanca para el control exhaustivo de cualquier tipo de actividad que éstos realicen a través de Internet, incluyendo el envío y el recibimiento de correos electrónicos (Clarke, 2004).

Por otra parte, hay una serie de gobiernos que consideran que la globalización de la cultura y las comunicaciones supone un atentado a su legitimidad y a su seguridad nacional. Ese es el motivo por el cual han impuesto unas leyes muy estrictas que regulan el acceso de sus ciudadanos a Internet y a una comunicación libre. Se trata de medidas reactivas llevadas a cabo por dictaduras o regímenes totalitarios de diverso tipo que intentan acallar las voces disidentes. Las autoridades birmanas, por ejemplo, criminalizaron la conexión no autorizada de Internet con penas hasta de prisión, por lo que ésta se convirtió en un privilegio reservado en exclusiva para un selecto grupo de oficiales gubernamentales y del ejército, así como de ejecutivos pro-gubernamentales (Everard, 2000, p. 32). Más recientemente, a finales de 2007, el gobierno chino bloqueó el acceso libre a vídeos en la red, que sólo se podrán ver a través de webs oficiales. Todas estas limitaciones nacen, según Castells, de la propia arquitectura en red de Internet, que permite el ejercicio de la regulación y el control por parte de los medios tradicionales de aplicación del poder estatal. A su modo de ver, en esta nueva coyuntura los Estados-nación están obligados a fusionarse y ceder parte de su poder, pero no con la intención de conseguir un gobierno mundial como ambicionan muchos, sino para construir un Estado red, «la criatura política engendrada por la era

de la información» (Castells, 2001, p. 204). De ese modo, el Estado aprovecha las nuevas tecnologías para reconstruirse y poder continuar manteniendo una posición privilegiada, asumiendo que no puede controlar las redes globales, pero sí a la gente que las utiliza.

Pese a todo, el futuro tampoco se vislumbra muy esperanzador. Con la nueva Web 2.0 y todas las ventajas que incorpora, las empresas y grandes medios no tienen más remedio que, entre otras cosas, conceder espacios de participación al público y ofrecer contenidos gratuitos. En definitiva, renunciar cada vez a más cuotas de mercado. Esto que, en principio, debería ser positivo, se observa con cautela desde distintos foros y se empieza a plantear la necesidad de reconfigurar la actual estructura de Internet, que habría tocado techo. Para algunos, como el catedrático de robótica Gregorio Martín, esas ventajas también esconden ciertas debilidades (seguridad ante ataques premeditados, sobreutilización, redefinición de la propiedad intelectual, control de la calidad de la información, etc.) que nos obligan a un cambio drástico. Atajar los problemas de seguridad se vislumbra como el principal objetivo, y para ello Martín y otros no dudan en limitar su contenido. Su propuesta se resume en una frase: «Una Internet más segura, aunque menos interesante»⁶. Todo indica que los Estados Unidos ya están trabajando en nuevos protocolos que les permitan continuar como líderes mundiales en un hipotético nuevo contexto. No se han dado pistas, sin embargo, sobre dónde debe estar el límite en el control sobre la comunicación que fluye por la red. No creemos que sea una mera coincidencia. La innovación democrática y la creación de nuevos espacios deliberativos que ha promovido Internet en los últimos años no ha sido del todo bien recibida en según qué ámbitos.

3.1.2. Dominios y direcciones

En la actualidad hay más de 250 terminaciones de direcciones de Internet y su número no deja de aumentar. En 1984, cuando se introdujo en Estados Unidos este sistema para categorizar la información de la red, las posibilidades eran, en cambio, muy limitadas. Sólo se contaba con las terminaciones .edu, .com, .org, .mil y .gov, dependiendo si se trataban de instituciones educativas, sitios comerciales, organizaciones y asociaciones varias, estamentos militares o cualquier departamento del gobierno, respectivamente (Schlesinger Wass, 2003; Everard, 2000). Esta fórmula perduró hasta 1997, cuando se incorporan las terminaciones de dos dígitos para identificar a los Estados. De ese modo, un sistema para facilitar la navegación a través de la red se convierte, con los llamados ccTLDs *-country code top-level domains-*, en un instrumento simbólico de representación del

⁶ *Ciberpaís*, 11 de mayo de 2006, p. 6. Gregorio Martín es catedrático de Ciencias de la Computación de la Universitat de València.

Estado-nación. A partir de entonces cada Estado-nación o región ha intentado, unas veces con éxito y otras con no tanto, acceder a 'su' dominio electrónico particular y conseguir así cierta visibilidad en este mundo globalizado difícilmente controlable. Las terminaciones .au para Australia, .it para Italia o .es para España, son sólo algunos ejemplos. Como dice Erica Schlesinger Wass (2003), la incipiente red global debe empezar a convivir con esta manera de 'direccionar el mundo'.

La condición indispensable para disponer de una terminación específica de manera automática es constar como Estado independiente en las Naciones Unidas, en caso contrario, todo se vuelve mucho más complejo, sobre todo para aquellos Estados que incorporan distintas sensibilidades nacionales en su interior. Insignificante para algunos, los hechos demuestran la importancia que los Estados dan a la identidad nacional dentro de este mundo virtual aparentemente 'sin fronteras'. Sirvan como ejemplo los casos de Afganistán y Palestina. Una de las primeras acciones del nuevo gobierno afgano después del derrocamiento de los talibanes, fue la petición de una dirección virtual (.af). En aquellas fechas, el ministro de comunicaciones de Kabul dijo que era como recuperar parte de su soberanía (Schlesinger Wass, 2003, p. 149). Más recientemente, en septiembre de 2005, la ICANN también concedió, en un acto más que simbólico, un dominio de dos dígitos a Palestina (.ps) pese a sus problemas territoriales y a que no está reconocida como Estado por las Naciones Unidas.

De todas formas, si hay un ejemplo paradigmático de las estrechas relaciones entre los dominios y las identidades nacionales éste es el caso español. Volvamos al principio. Como explicamos brevemente, el ICANN aprobó el dominio .cat para la cultura catalana gracias a la candidatura presentada por la *Campanya per un domini .cat*, que entregó a las autoridades pertinentes más de 68.000 firmas de apoyo, una cifra comparable a la de cualquier candidatura presentada hasta el momento. Este hecho no pasó desapercibido a las autoridades políticas catalanas, que lo entendieron como un día histórico, ya que permitía a esta comunidad lingüística y cultural equipararse con otras lenguas y culturas que identifican Estados y naciones. En cualquier caso, la acogida de la sociedad al nuevo dominio ha sobrepasado todas las expectativas como demuestra que sólo en el primer año de funcionamiento se dieron 21.000 registros .cat, a pesar de su excesivo precio (a comienzos del 2007 era de 70 euros el primer año y de 40 los siguientes)⁷.

La noticia tuvo una destacada acogida en la prensa española, aunque, en general, no fuera vista con buenos ojos. Por encima de todo, se insistió en dejar claro que el dominio .cat no está considerado como un

⁷ La Fundació PuntCat, que es la encargada de gestionar el dominio, ha anunciado que visto el éxito de la iniciativa, hará más simple su registro. Entre otras medidas, tienen previsto abaratar el precio (www.vilaweb.cat, 2007, 15 de febrero).

código de país, algo que sí pidieron Galicia (.gz) y Cataluña (.ct) tiempo atrás y cuyos permisos fueron denegados por el Gobierno español (*El Mundo*, 2005, 16 de septiembre; *El País*, 2005, 17 de septiembre). La información, además, viene acompañada de otros datos que intentan reducir la importancia de la misma o ridiculizarla sin más. Por ejemplo, se intenta meter en el mismo saco el dominio .cat con el dominio .xxx, dedicado a páginas pornográficas, cuya autorización había sido denegada por el ICANN ese mismo día. No parece casual que *El Mundo* decida situar este dato, cuanto menos poco relevante, en el titular de la noticia. Ni que tampoco *El País* añada con cierta rechifla que la única duda que tuvo el ICANN durante el proceso de negociación fue que los anglosajones podían asociar el .cat a webs dedicadas a los gatos⁸.

Por otra parte, *El País* incorpora a la información algunas de las reacciones que se sucedieron en el entorno virtual, especialmente aquellas preocupadas por una deriva secesionista de Cataluña. Como la del presidente de la Asociación Española de Internautas, Víctor Domingo, quien aseguraba que con el .cat, la comunidad lingüística catalana se desligaba por completo de la española. O como la de Miguel Pérez Subías, de la Asociación de Usuarios de Internet, quien alertaba sobre los problemas que podían tener las entidades catalanas que tuvieran una voluntad global si se encontraban fuera del paraguas del dominio nacional .es. En la misma línea se expresaron algunas de las reacciones institucionales que el mismo periódico incorporaba en un despiece. Resulta especialmente llamativa la protesta visceral del Gobierno valenciano, del PP, quien exigió explicaciones al Gobierno central por entender que el .cat suponía un primer paso para la independencia de Cataluña al tiempo que anunciaba una petición de amparo al .es para explicitar la españolidad de la cultura valenciana⁹.

Lo que nos demuestran estos comentarios es que las identidades nacionales todavía juegan un papel determinante. Parece evidente que el hecho de pretender disponer de un dominio .cat en la red era visto en ciertos ámbitos como una iniciativa más del ideario nacionalista y que, por tanto (fuera de la curiosidad intrínseca), era totalmente prescindible cuando no rechazable. La intención política de la iniciativa se puso de manifiesto cuando la primera institución que se destacaba en estos medios no era la asociación que había llevado toda la campaña, sino la Generalitat de Catalunya, con lo que se daba a entender que era ésta quien estaba detrás

⁸ Huelga decir que en la nota de prensa emitida por la *Campanya per un domini .cat* (2005, 16 de septiembre) no se menciona ninguna de las dos particularidades.

⁹ A mitad del 2010, después de varios años funcionando el .cat, Cataluña todavía forma parte del Estado español.

de todo este asunto. En ese sentido, la pregunta que subyace todo el tiempo en estas declaraciones es: ¿por qué se quiere un dominio propio si ya existe el .es, común a todos los españoles? Porque los nacionalistas catalanes lo quieren. Ni más ni menos.

La relación entre lengua e identidad nacional intuida por cierta prensa española en el caso del .cat no es nueva. La teoría de las naciones y el nacionalismo ha dedicado muchos esfuerzos en explicitar la importancia de dar forma a una lengua nacional en el proceso de constitución del Estado-nación moderno (Anderson, 1983; Gellner, 2001; Hroch, 2001). Lo sorprendente es que esto no se aplique a todos por igual. De ese modo, el significativo interés que suscita el futuro de la lengua española en Internet, pese a todo su potencial, en modo alguno se asocia con el nacionalismo, ni tan siquiera con cierta reafirmación identitaria. Antes al contrario, se observa como una apuesta necesaria por reforzar la cultura española en un contexto globalizado donde predomina el inglés que permita 'situar a España en el lugar que le corresponde'. Algunas de las medidas que el Gobierno español tomó durante el 2006 para potenciar la presencia de la lengua española en la red a través de los dominios .es pueden ser interpretadas en esa dirección¹⁰.

Enmarcadas en los proyectos del Plan Ingenio, con el que se pretendía llegar a los niveles europeos de la Sociedad de la Información en el 2010, éstas se centraron en flexibilizar los trámites para la obtención de los dominios .es y en un descenso en su coste (*El País*, 2006, 21 de octubre). Destaca, por encima de todas, la iniciativa que permitió a empresas y profesionales autónomos españoles registrar un dominio .es por tan sólo un euro entre el 17 de mayo (Día de Internet) y el 30 de junio del 2006. Únicamente podían acceder a la promoción empresas españolas que acreditaran su condición y cada solicitante podía registrar hasta tres dominios diferentes. Comparado con el precio que había que abonar para obtener un dominio .cat (70 y 40 euros), las condiciones de esta tarifa eran inmejorables. De hecho, y como resultado de éstas y otras actuaciones públicas de marcado carácter intervencionista, a finales del 2006 había registrados más de medio millón de dominios .es, con un incremento de más del 40% respecto el año anterior (*El País*, 2006, 29 de octubre). Por último, y hablando en términos estrictamente lingüísticos, hay que destacar la iniciativa del Gobierno que permitió a finales de 2007 poder utilizar todos los caracteres de la lengua en los dominios .es, incluida la letra ñ.

¹⁰ Sin ir más lejos, un informe realizado por la consultora Accenture para la Fundación Caja de Burgos y la Fundación de la Lengua Española advierte que sólo el 4'6% de las páginas de Internet están en español, mientras el 45% de las mismas están en inglés. El estudio resalta el desequilibrio existente entre los contenidos en español y el número de usuarios hispanohablantes. Pese a todo, el informe señala que el recorrido de mejora del español frente a otras lenguas de la Unión Europea es mucho mayor, pero que para conseguirlo hay que apostar por la formación.

El entusiasmo del Gobierno español por promover el dominio .es contrasta con la desgana con la que las administraciones españolas han acogido a su homólogo europeo, el .eu. Pese a las ventajas que sin duda podría ofrecer la marca 'Unión Europea' para las empresas españolas en un contexto globalizado, no ha habido ni una campaña institucional que promocionara este dominio. Sólo así es posible entender que hasta 2007 hubiera únicamente 9.000 dominios .eu registrados en España frente a los 94.000 de Alemania. Un dato que puede ser indicativo de hasta qué punto el Estado español se cree Europa o, también, de la importancia de lo local/nacional en una economía que se imagina como mundial. Sin duda, un simple vistazo al interior de la página Red.es en 2007 nos resolvía muchas dudas sobre la intención político-institucional de los dominios .es:

Identidad: Los servicios de Internet prestados bajo el ".es" se asocian a España, siendo este elemento parte esencial de la identidad de dichos servicios de cara a sus potenciales usuarios, tanto internacionales como, sobre todo, nacionales, para los que la terminación en ".es" resulta la más intuitiva.

Idioma: Con carácter general, los servicios de Internet bajo el ".es" se prestan en lengua española, y no en inglés o en otras lenguas que predominan en los servicios identificados por otros indicativos de nombres de dominio.

Proximidad: Gracias a la normativa aplicable, los servicios de Internet identificados por el ".es" son prestados por personas u organizaciones vinculadas con España, lo que garantiza la proximidad, muchas veces crucial, entre los usuarios españoles y las empresas que prestan esos servicios [Disponible en: www.dominio.es/deinteres/beneficios].

(Fuente Red.es)

Fijémonos en que la terminación .es queda asociada a España, como un instrumento de creación de identidad (nacional, por supuesto), que resulta ser 'la más intuitiva'. Además, se apuesta por el .es como un criterio de 'proximidad' entre empresas y clientes que es ciertamente paradójico si las empresas aspiran a un mercado global, como sucede a menudo. Y en última instancia, la nota recuerda que las páginas de Internet con dominio .es serán mayoritariamente en español. Ni el catalán, ni el vasco ni el gallego parece

que tienen mucho que decir en los dominios .es, si exceptuamos las traducciones a estas lenguas en las páginas oficiales. Parece lógico pensar, por tanto, que estas comunidades culturales y lingüísticas diferentes de la española intenten garantizarse su presencia en los mundos virtuales, máxime cuando no tienen detrás una comunidad de hablantes de 400 millones de personas.

Lo que estos y otros ejemplos sobre Internet y el Estado español ponen de manifiesto es un discurso que, aun siendo abiertamente nacionalista, pasa por no serlo. Es lo que Michael Billig llama 'nacionalismo banal' (1995), un proceso por el que la identidad nacional en los Estados-nación actuales, estables y democráticos, deja de verse como un problema, ya que es considerada como la 'no marcada', la 'normal'. A eso contribuye su presencia cotidiana, habitual, que la convierte en familiar y rutinaria. Desde este punto de vista, no pretendemos reducir el acento de reafirmación nacional que incorpora una iniciativa como el .cat, pero debe quedar claro que otras muchas también lo son, como evidencian los argumentos sobre el dominio .es. Unas actuaciones que, además, cuentan con la infraestructura de todo un Estado detrás, lo que les da una fuerza y una presencia todavía mayor.

3.2. *Internet y la construcción de identidad*

Si hacemos caso de las palabras de Anthony Giddens, el Estado-nación continúa manteniendo su función principal a la hora de proporcionar seguridad dentro de unos límites territoriales. Unos de los instrumentos de que se sirve para dicho propósito es, según el sociólogo británico, la articulación de un discurso identitario que lo diferencie del resto. Es decir, la constitución de la soberanía del Estado como 'Sujeto' frente a un 'Otros', en referencia a los demás Estados. Las instituciones tradicionales, como la escuela, el ejército o la iglesia, han tenido a lo largo de la modernidad, un papel decisivo a la hora de establecer esta dicotomía entre un 'nosotros', los ciudadanos del Estado-nación, y un 'ellos', los excluidos de una identidad nacional homogénea. Los medios de comunicación, convertidos en una fuente de poder simbólico desde el siglo XVI a partir de la aparición de la imprenta en Europa, también han contribuido a dar forma al nacionalismo (McLuhan, 1996) o, con el tiempo, a las llamadas 'comunidades imaginadas' (Anderson, 1993). No será hasta el siglo XX, con el desarrollo de los medios de comunicación de masas, cuando la industria mediática se convierta en el principal mecanismo de constitución del mundo social (Williams, 1992; Vázquez Montalbán, 1997), más si cabe en una sociedad actual, que hemos llamado posmoderna, en la que los discursos y el ámbito de la representación se revelan como elementos esenciales en la construcción identitaria del sujeto. Es evidente, por tanto, la responsabilidad de los medios de comunicación en el mantenimiento y reproducción de estas diferencias. Las nuevas tecnologías e Internet tampoco se pueden quedar al margen. Si seguimos a Castells cuando dice que Internet es un reflejo de la

realidad, también lo será a la hora de articular un discurso en el que se dibuje un 'nosotros' en oposición a un 'ellos'.

En una interesante investigación, Jodi O'Brien pone de manifiesto que, a pesar de la tendencia actual a interpretar el ciberespacio como un territorio 'no marcado' en cuanto al género, la realidad es que nos encontramos con que los usuarios construyen esta frontera con las mismas categorías de diferenciación social que hemos utilizado para representar la sociedad moderna. Así, el género se convierte en uno de los primeros elementos que tienen las personas para (re)presentarse a sí mismas frente a los demás en las comunicaciones electrónicas, del mismo modo que sucede en las interacciones cara a cara. Debido a la ausencia de rasgos físicos, la 'reincorporación del yo', según sus palabras, se convierte en un ejercicio de producción textual. Esta propensión a trasladar la diferenciación de género a espacios donde podrían surgir nuevas formas de categorización social, induce a pensar que una gran mayoría de las personas implicadas en relaciones *online* traen consigo estereotipos tradicionales que les son muy complicado dejar atrás. Otro tanto sucede con las categorizaciones de raza que tienen lugar en la red. Como ha demostrado Byron Burkhalter (2003), la identidad de raza no está ausente de las interacciones *online*, sino que se articula de manera distinta, como en el caso del género. Eso no quiere decir que no se den casos de racismo en la red. Bien al contrario, los fenómenos raciales y racistas abundan en el ciberespacio, donde se generan estereotipos con más facilidad que en las comunicaciones cara a cara. Aunque la tecnología pueda ser revolucionaria, un gran número de discursos que navegan por la red están elaborados por personas que no lo son y que siguen reproduciendo las actitudes que mantienen en el día a día de su vida real. Y probablemente con más intensidad, puesto que están protegidas por el anonimato. Esta diferencia entre 'nosotros' y 'ellos' también se ha hecho visible al intentar determinar la presencia de los Estados-nación en Internet, pero se manifiesta en toda su crudeza cuando abordamos lo que se ha venido a llamar *brecha digital*.

3.3. La brecha digital: entre el Estado y el mercado

La Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, cuya primera fase tuvo lugar en Ginebra en diciembre de 2003, es un síntoma paradigmático del desarrollo de las TIC. Según la declaración que se presentó en el encuentro y que se refrendó en su continuación en Túnez dos años después:

La comunicación es un proceso social esencial, una necesidad humana básica y el fundamento de toda organización social. (...) Esto hace necesario que cualquier persona deba tener acceso a los medios de comunicación y estar en condiciones de ejercer su

derecho a la libertad de opinión y expresión, lo que incluye el derecho a tener opiniones y a buscar, recibir y difundir información e ideas a través de cualquier medio de comunicación y con independencia de fronteras nacionales¹¹.

Estas intenciones comunicativas, no obstante, tienen una capacidad de maniobra limitada si han de convivir con los diferentes intereses políticos y económicos que hay en juego, con lo que su potencial queda lastrado. No en balde, las conferencias se celebraron bajo los auspicios de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT) y contaron con la colaboración de la UNESCO, organismos que intercedieron para que los intereses del sector privado salieran reforzados, así como el poder de los Estados, a los que cedieron casi toda la responsabilidad de la democratización del acceso de los ciudadanos a los medios electrónicos. Por un lado, éstos debían promover políticas públicas que permitan a los más desfavorecidos aprovecharse del desarrollo asociado a las TIC. Por otro, debían limitarse a acondicionar el 'entorno propicio' a la implantación de redes y facilitar la supresión de obstáculos a la inversión que liberen la competitividad (Mattelart, 2006, p. 150-151). En ese sentido, se reclamaba una posición protagonista del Estado para que protegiera ciertos valores pero sin llegar a «engendrar barreras irrazonables para el comercio». Nos encontramos ante una situación en la que el determinismo técnico prima la información por encima de la comunicación. Como dice Mattelart:

El culto de la información se burla de la cultura y de la memoria. Sólo importa la tubería. La producción de sentido ni figura en el programa del ingeniero. Este determinismo técnico explica por qué la Unión Internacional de Telecomunicaciones puede ser elevada a la condición de anfitriona de una conferencia sobre el porvenir de nuestras sociedades y por qué la Organización Mundial del Comercio puede situar a la cultura en el epígrafe de los servicios y reivindicar prerrogativas para con ella (2006, p. 160).

Una muestra fehaciente de lo que venimos diciendo la encontramos con el Foro de Solidaridad para ayuda al desarrollo digital de los países pobres. Creado en la primera cita de Ginebra, la institución disponía de menos de seis millones de dólares (5,13 millones de euros) a base de aportaciones voluntarias de los Estados. Pese a las peticiones para cambiar su estatus, los países industrializados se opusieron en la reunión de Túnez a un

¹¹ *Construir la sociedad de la información: un desafío global para el Nuevo milenio*, Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información, Ginebra 2003 – Túnez 2005. UIT / UNESCO.

pacto que obligara a dotarlo económicamente y animaron a los necesitados a que, en su lugar, acudieran a los fondos de ayuda al desarrollo ya existentes.

3.3.1. Acceso a las TIC: barreras y posibles soluciones

El mundo no es un 'todo' tan conectado como los más optimistas posmodernos piensan. La brecha digital existe. En la actualidad, el 88 por ciento de los internautas viven en los países desarrollados y en su conjunto apenas representan el 17 por ciento de la población mundial. En países emergentes como China o India, Internet todavía es una tecnología de nicho, ya que sólo la utiliza el 15% de la población, aunque son los lugares con mayores tasas de crecimiento. Los niveles de penetración de la red en los países africanos, por ejemplo, todavía son más escasos. Asimismo, todos los países que figuran en las principales posiciones de desarrollo de la Sociedad de la Información son europeos, norteamericanos y de la región del este de Asia (e*España*, 2009, p. 28). Estas son únicamente algunas cifras que nos indican las profundas desigualdades de acceso entre una población 'conectada' y otra 'desconectada', o lo que es lo mismo, entre una población capaz de participar de las ventajas aportadas por las nuevas tecnologías y otra que se queda sentenciada a la marginalidad. Estas desigualdades se producen, sobre todo, entre los países más ricos y los más pobres, pero también se dan entre los ciudadanos de un mismo Estado, donde las diferencias están emergiendo con fuerza recientemente entre las zonas urbanas y las rurales. La falta de una infraestructura tecnológica apropiada o los obstáculos económicos e institucionales se presentan como algunos de los elementos que favorecen estas fracturas. Pero, sobre todo, la brecha digital es brecha social y, como han demostrado diferentes estudios, suele afectar a los colectivos más vulnerables y que ya sufren otros factores de exclusión. Una formación insuficiente, bajos ingresos, cargas familiares, la edad, ser mujer en según qué lugares o ser inmigrante se revelan como algunas de las principales causas de desigualdad (e*España*, 2009). Muchas de las barreras que nos encontramos en el día a día son materiales, como consecuencia del alto precio que hay que abonar por el servicio, pero también las hay simbólicas, «erigidas por la falta de confianza y la incapacidad de ubicarse, de forma imaginativa, en el seno de la comunidad de usuarios» (Murdock, 2003, p. 179).

Aunque la situación está cambiando poco a poco, en España la brecha continua siendo profunda. Según un informe del Instituto Nacional de Estadística de octubre de 2005, 9 de cada 10 usuarios de ordenador tiene entre 14 y 25 años y ha recibido educación superior. Sólo el 1,6 por ciento de ellos tiene 75 años o más y un porcentaje similar es de renta baja. Ese porcentaje no mejora desde 1996 y los expertos alertan sobre el estancamiento de los 'pobres' en el uso de las nuevas tecnologías. Unas cifras que confirman que el Estado español está a la cola de Europa en la materia, circunstancia

que se ha agudizado con la crisis económica, más sensible en España que en otros lugares. Los datos de conexión a Internet parece que están incrementándose paulatinamente (51 por ciento de los hogares está conectado a Internet), así como los índices de abonados a la banda ancha, vía ADSL o cable (46 por ciento), todavía son sensiblemente menores a algunos países europeos, como Dinamarca o Finlandia¹².

De momento, los últimos gobiernos, de signo político diferente, no han adoptado estrategias globales para revertir la situación. Desde el actual ejecutivo se sugiere promover el uso del correo electrónico, apoyarse en el éxito del teléfono móvil (más del 90 por ciento de la población lo usa), y ampliar los servicios de la Administración accesibles a través de la red. Precisamente, uno de los principales objetivos de la llamada administración electrónica debe ser la garantía, por parte de los gobiernos, de que las TIC lleguen a todo el territorio y que todos los ciudadanos tengan igualdad de acceso a los servicios y procesos democráticos que éstas favorecen (Clift, 2004). Los Estados, pues, deben jugar un papel determinante en la eliminación de la divisoria digital y tienen la obligación de asegurar la presencia de la diversidad en el ciberespacio. De momento, la administración electrónica española no se caracteriza, en general, por la brillantez de sus servicios electrónicos¹³. Según el informe anual *Economist Intelligence Unit* referente al 2009, que valora más de un centenar de criterios relacionados con las nuevas tecnologías, el Estado español ocupa 25 del mundo, por detrás de países como Bermudas, Malta o Estonia.

Con la intención de acabar con el retraso tecnológico e igualarse con Europa, el Gobierno español lanzó el Plan Ingenio 2010, con el que se comprometía a aumentar cada año el 25 por ciento el presupuesto en investigación, desarrollo e innovación. Uno de los objetivos prioritarios era conseguir una Administración sin papeles. Ahora, el número de servicios que se pueden realizar *online* es manifiestamente mejorable. La meta, sin embargo, era la supresión del 80 por ciento de los certificados de papel, así como aumentar la realización de pagos a través de Internet. En eso siempre ha destacado, por encima de todas, la página web de la Agenda Estatal de Administración Tributaria (www.aeat.es)¹⁴, que posibilita la tramitación *online* de la declaración de la Renta. Entre las medidas concretas, el Gobierno se comprometió a que en el 2007 todos los

¹² *La sociedad en red. Informe anual de la Sociedad de la Información en España 2008 (edición 2009)*. Ministerio de Industria, Turismo y Comercio. Ver en Red.es.

¹³ Cabe decir que las experiencias más productivas e interesantes de administración electrónica las están ofreciendo algunos ayuntamientos, como el de Zaragoza, que en el 2005 ocupaba la primera posición de la tabla (*Ciberpaís*, 2005, 30 de junio).

¹⁴ Esta página se ha convertido en referente de la administración electrónica española a nivel internacional, ya que ha recibido varios premios de reconocido prestigio.

municipios de más de 250 habitantes tuvieran cobertura de banda ancha, lo que permitiría que el número de hogares con acceso a Internet pudiera llegar al menos al 60 por ciento en el 2010. Lamentablemente, esas cifras no se han conseguido. Y en la línea de acercar Internet a las zonas rurales, se pusieron en marcha los llamados Telecentros, unos espacios públicos, de acceso gratuito, donde se pretende formar y familiarizar a los ciudadanos en el entorno virtual. A comienzos del 2007 había unos 5.000 distribuidos por todo el territorio y la intención es que su número aumente con el tiempo. Otra de las iniciativas fue la tendencia a unificar las ventanillas, de modo que se facilitara y agilizara la puesta en contacto del ciudadano con las diferentes administraciones. La creación de toda una serie de páginas institucionales como *ciudadano.es*, *españa.es* o *todos.es*, debería haber contribuido a ese objetivo. Aunque, sin duda, el proyecto más emblemático ha sido la progresiva implantación del DNI electrónico, que ya se empezó a repartir en el 2006 en una experiencia piloto que culminó el 2008, aunque con resultados bastante por debajo de las expectativas. Cuando se implante, el nuevo documento permitirá a los ciudadanos españoles identificarse en el mundo telemático a través de un chip y firmar electrónicamente con plena validez legal. De haber salido exitosos de la propuesta, la administración española se hubiera situado al nivel de países como Bélgica y Holanda, donde el documento de identificación nacional electrónico funciona con normalidad.

Claro que un debate sobre las perspectivas democratizadoras de Internet no debería limitarse a una discusión sobre el número de personas que tienen acceso y los que no. Una de las cuestiones que deberíamos tener muy en cuenta es para qué se quiere poder acceder a las redes electrónicas de información una vez se está dentro. Castells, entre otros, insiste en que hay que realizar importantes esfuerzos educativos y culturales para hacer un uso de las TIC que potencie la igualdad y la solidaridad con la intención de lograr una verdadera apropiación social de la tecnología (Castells, 2001). No parece que ése haya sido el camino escogido. Como hemos expuesto en otro lugar (Peris, 2005), en lo concerniente a la administración electrónica se han desarrollado más los temas relacionados con el e-gobierno que aquellos referentes a la e-democracia. Estamos de acuerdo con Joan Subirats cuando plantea que no parecen derivarse del uso de las TIC nuevas formas de relacionarse que alteren las posiciones de jerarquía tradicionales, sino que contribuyen a realzar y reorientar los aspectos más elitistas del sistema democrático representativo (2002, p. 20).

En ese sentido, los gobiernos, máximos representantes de los Estados-nación, continúan siendo los actores principales de la acción política. De hecho, las iniciativas de administración electrónica desarrolladas por los gobiernos se han dirigido, fundamentalmente, a reforzar su capacidad para manejar y controlar los flujos de información, a reafirmarse como centros de recursos e información y a potenciar las interrelaciones horizontales y

verticales, tanto con actores públicos y privados como con otras instituciones y organismos políticos. De ese modo, estas propuestas sirven a los Estados-nación para legitimarse en un momento de mucha incertidumbre sobre su posición como institución reguladora del poder en el presente y, sobre todo, en el futuro. El caso español que acabamos de describir no hace sino corroborarlo. Observemos cómo, a pesar de la potencialidad global de Internet, todas las medidas que ha tomado el Gobierno español se encaminan a la creación de un espacio comunicativo *online* de carácter estrictamente nacional, con constantes apelaciones al conjunto (España, todos) o a las especificidades más 'españolas' como la letra ñ, del que sólo se podrán beneficiar los ciudadanos españoles que así lo acrediten. El ejemplo más evidente de esta administración electrónica 'española' lo representa el DNI electrónico, uno de los principales símbolos de la identidad nacional, que puede abrir muchas puertas pero también cerrarlas. Porque, ¿qué pasa, entonces, con aquellas personas que no son reconocidas como ciudadanas por el Estado? Como los inmigrantes, sin ir más lejos. Ciertamente es que tienen acceso a derechos básicos como la sanidad y la educación, pero pueden quedar más descolgados todavía si no pueden acceder a los entornos virtuales. ¿Y qué hacemos con los inmigrantes irregulares, que no constan en ningún registro? ¿Los damos ya por perdidos? Evidentemente, el asunto es muy complejo y evitamos pronunciarnos abiertamente sobre posibles soluciones. Lo que es evidente es que debemos tenerlo muy en cuenta, sabiendo como sabemos que el flujo de inmigrantes, con sus puntas y sus descensos, es constante desde hace unos años.

3.3.2. El fracaso de una esfera pública global

Algunas de las cuestiones tratadas con anterioridad hacen que debamos replantearnos la constitución de una esfera pública global gracias a las TIC, tal y como la han presentado algunos entusiastas. No podemos negar que se está articulando en el ciberespacio una sociedad civil transnacional que discute sobre lo público y que ha decidido participar en la construcción de una democracia deliberativa. Hay innumerables muestras que lo corroboran y nosotros hemos visto algunas de ellas. Ahora bien, el debate sobre el acceso de las personas a esas nuevas tecnologías, por ejemplo, nos deja más dudas que certezas sobre su viabilidad. ¿Qué sucede, por tanto, con los miles de millones de individuos en todo el planeta que están al margen de esta esfera pública? ¿Es ésa la sociedad que queremos, la de unos pocos conectados y otros muchos 'desenchufados'? En ese sentido, David Morley (2000) advierte que las nuevas tecnologías están creando una esfera pública global, pero de privilegiados, capaz de mantener su posición hegemónica en las relaciones económicas, políticas y sociales a nivel planetario. En un contexto en el que, como diría Foucault, información/conocimiento es poder,

aquellos que se quedan al margen se toman silenciosos, cuando no invisibles, incapaces de poder hacer sentir su voz.

Desde esta perspectiva, no podemos dejar de explorar las dinámicas económicas que estructuran la distribución de unos recursos materiales, simbólicos (representacionales) y sociales que apoyan y mantienen unas prácticas culturales concretas. Como apunta un crítico indio, no sin cierta maldad, «aquellos que ridiculizan el determinismo económico son aquellos cuyas vidas no están determinadas económicamente» (Sivanandan, 1995, p. 20 citado en Murdock, 1998, p. 182). Parece evidente que las desigualdades económicas limitan la libertad de elección de los ciudadanos. Al mismo tiempo, los intereses corporativos de aquellos que controlan buena parte de las redes globales chocan frontalmente con la ética del libre acceso y la participación pública. Intentar ocultarlo es no querer afrontar estos desafíos. En ese sentido, Mireya Lozada nos conmina a que situemos el análisis de Internet y las TIC dentro de «las relaciones de desigualdad y subordinación, de sus efectos de dominación y consumo, en el actual orden económico mundial» (2001, p. 135). Eso nos aleja, sin duda, de aquellos planteamientos que celebran la consecución de una ciudadanía global asociada a la globalización de las comunicaciones y a la posmodernidad¹⁵.

También los hay que niegan abiertamente la posibilidad de que esta esfera pública global se esté produciendo. Benjamin Barber, por ejemplo, sostiene que para impulsar una esfera pública ha de constituirse previamente un sentido de comunidad, y que eso, en la comunicación *online*, no se produce. Al contrario, para Barber, el acto de comunicación virtual es siempre una actividad privada de simple soledad (1998, p. 5). No se discute, por tanto, sobre lo público, sino que trata, fundamentalmente, de lo privado, lo individual, aunque se quiera pasar por colectivo. Eso se debe a que, en su mayor parte, las comunicaciones *online* se dirigen hacia el mercado y el marketing político, con lo que se hace difícil vislumbrar el modelo de sujeto autónomo y libre capaz de ejercer su voluntad de elección, ese ciudadano que representa la imagen modélica y consensual de la democracia.

En cualquier caso, tanto si existe como si no, creemos haber demostrado que en el ciberespacio la esfera pública global debe convivir con toda una serie de esferas públicas de ámbito local, regional y nacional que también están emergiendo y con las que mantiene un buen número de conflictos y contradicciones. Esto nos obliga a estar doblemente alerta. No nos vale sólo con que las esferas públicas globales sean participativas,

¹⁵ Sin ir más lejos, algunos autores, como Fredric Jameson (1991) o Eduardo Grüner (2002), han señalado que los cambios producidos por la globalización representan, por encima de todo, la respuesta del capitalismo global y de los Estados más poderosos, sobre todo occidentales, ante los retos económicos, políticos y sociales de finales del siglo XX y comienzos del XXI.

esencialmente democráticas y respetuosas con la diversidad. Debemos exigir que todas lo sean, también las nacionales. Una circunstancia que no siempre se produce.

4. Internet y la reterritorialización

La presencia del Estado-nación en Internet es, pues, suficientemente poderosa como para desaparecer de un día para otro. Según hemos podido comprobar, parece como si el Estado-nación entendiera que su futuro depende de cómo se articule a través de las nuevas tecnologías de la información y comunicación. De ahí la importancia que adquiere Internet desde el punto de vista simbólico y representacional, como instrumento a partir del cual poder construir una identidad nacional que legitime su poder en esta época posmoderna. Para terminar, nos gustaría plantear cómo, independientemente de las voluntades de los Estados-nación, las propias dinámicas de la globalización de las comunicaciones también crean sentido de pertenencia e identidad nacional.

Algunos de los estudios que han profundizado con más rigor sobre la globalización revelan cómo al mismo tiempo que ésta favorece procesos de desterritorialización, gracias a la transformación de las coordenadas espacio-temporales, se producen una serie de prácticas culturales en sentido inverso. Es lo que se conoce como *glocalización*, término que se ha hecho popular en las ciencias sociales desde que Robertson lo acuñara a comienzos de los noventa (Mattelart, 2006; Robertson, 1998; Tomlinson, 2001). Básicamente, este punto de vista pone en cuestión las tesis del imperialismo cultural que habían caracterizado la teoría crítica desde los años setenta, sobre todo gracias a la obra de Herbert Schiller (1986).

Esas fuerzas globales, por tanto, se enfrentan con una amplia variedad de resistencias de tipo cultural con las que establecen un diálogo que no siempre acaba con una mera imitación. Por el contrario, el antropólogo indio Arjun Appadurai sostiene que no hay cultura sin mediación y no hay identidad sin traducción (2001). Cada sociedad retranscribe los signos transnacionales, los adapta, los reconstruye, los reinterpreta, los 'reterritorializa'. En ese sentido, a través de procesos culturales como la transculturación, la indigenización o la hibridación, la globalización general resultante es «más una organización de diversidad que una repetición de uniformidad» (Hannerz, 1998). Pero no siempre esa transformación cultural es capaz de cambiar las dinámicas sociales¹⁶. El mercado, por ejemplo, ha detectado desde el inicio que debía

¹⁶ Algunos de estos planteamientos, adoptados por antropólogos, sociólogos y otros autores próximos a los estudios culturales (García Canclini, 1995, 1999), han sido ampliamente criticados por la economía política. Ésta entiende que han ido demasiado lejos a la hora de abandonar las cuestiones referentes al imperialismo económico y celebrar el hibridismo cultural

'localizarse' en este mundo globalizado si quería continuar vendiendo sus productos. Así, algunas de las más potentes multinacionales, como Coca-Cola o Marlboro, adaptan sus campañas publicitarias en función de los imaginarios nacionales (Mattelart, 2006; Morley, 1996). O McDonald's, la gran empresa de comida rápida norteamericana, promueve platos especiales con cierto carácter local, como en Brasil, donde puedes comer un *McCarnaval* (Lull, 1997, p. 206)¹⁷.

Visto lo visto, Lull considera que la reterritorialización es un concepto amplio que abarca dos fenómenos. En primer lugar, significa que los fundamentos del territorio cultural son todas cuestiones abiertas a nuevas interpretaciones y nuevas comprensiones. En segundo lugar, implica que la cultura se va reconstituyendo constantemente a través de la interacción social, los usos creativos de la tecnología personal de las comunicaciones y de los medios masivos (1997, p. 208). De todos modos, el mismo autor reconoce que los individuos continúan inventando formas significativas de vida que tienen su base en anclas familiares, como el idioma o la tradición. Como recuerda Morley, «nosotros no somos todos nómadas, sujetos fragmentados, que viven en el mismo universo posmoderno» (1996, p. 330). No debemos caer en la idealización posmoderna del término 'nomadismo', insiste Hall (1992), ya que no todo el mundo va donde quiere. En estos tiempos, la migración todavía suele ser una necesidad mientras que el cosmopolitismo sigue siendo una elección. La reterritorialización, por tanto, es un proceso de selección y de síntesis cultural que se alimenta de lo familiar (nacional) y de lo nuevo.

Lo que diferencia el momento actual de épocas anteriores es que estas maneras de organizarse culturalmente se pueden llevar a cabo sin la necesidad de vincular tiempo y espacio. Se ha estudiado, por ejemplo, cómo las comunidades diaspóricas aprovechan las TIC, particularmente Internet, para estar en contacto y continuar desarrollando desde la distancia sus vínculos comunitarios e identitarios (Eriksen, 2007; Morley, 1996). Es lo que Benedict Anderson llama el "nacionalismo de larga distancia" (1992). Como ha demostrado Thomas H. Eriksen, «Internet se ha constituido como el mayor medio para la consolidación, el refuerzo y definición de identidades colectivas, en especial cuando no tienen una base territorial sobre la que

como práctica cultural de resistencia, lo que los convierte en inoperantes y relativistas en el ámbito político, ya que contribuyen a mantener el sistema hegemónico (Ferguson y Holding, 1996).

¹⁷ Algo parecido sucedió con la representación de los afroamericanos en los medios de comunicación. La industria se dio cuenta a partir de los años setenta que los afroamericanos consumían mucha cultura popular-masiva, sobre todo aquella hecha por negros y protagonizada por negros. De ese modo, las televisiones americanas empezaron a representar a los negros pero vaciándolo de todo el contenido político que este hecho podría contraer. Un ejemplo paradigmático son series tan famosas como *Bill Cosby*, donde se cuentan las andanzas de una familia negra de clase media incapaz de poner en peligro el orden social (Lull, 1997; Scott, 1995).

sustentarse» (2007, p. 8). Los casos de la población kurda o los Tamil de Sri Lanka son paradigmáticos en ese sentido. Pero sin duda, el más común de los nacionalismos virtuales es el que nos permite estar en contacto con nuestro país de origen cada día, a cada momento, a cada instante, independientemente de nuestro lugar de residencia. Este contacto permanente, como el de cualquier otro ciudadano, es lo que Edensor llama “nacionalismo del cada día” (2002) y es el que nos permite seguir desarrollando una identidad nacional incluso cuando esos límites están desterritorializados.

5. A modo de conclusión

No corren buenos momentos para el Estado-nación, pero fiarlo todo a su crisis nos parece muy aventurado. Sometido a profundos procesos de desgaste como consecuencia de las transformaciones asociadas a la globalización, la legitimidad y soberanía con la que ha dominado las relaciones globales desde la modernidad se ponen seriamente en cuestión. El Estado-nación pierde capacidad de influencia y control sobre sus decisiones en materia económica, en política exterior y sobre los flujos de comunicación, sin que aparentemente pueda hacer nada por evitarlo. Ahora bien, deconstrucción no significa destrucción. Algunos autores ponen de manifiesto que si bien la presión existe, ésta no es ni mucho menos homogénea. Esto hace que los Estados-nación respondan a los retos de manera desigual, en ocasiones contradictoria, siempre conflictiva, y si en algunos apartados se resignan a ceder parte de su poder, en otros han decidido presentar resistencia, sobre todo en aquellos que tienen que ver con el terreno simbólico y representacional.

Las TIC constituyen un ejemplo preciso de esta dualidad. Por una parte, no cabe duda que las TIC y sobre todo Internet han favorecido y potenciado la aparición de una sociedad civil de carácter transnacional que, gracias a los flujos de comunicación globales, ha conseguido articularse al margen de los Estados-nación y constituirse como un poderoso actor político. Con la promoción de nuevas maneras de interacción social, unas comunidades virtuales movidas por las afinidades y las causas comunes y no por las tradicionales formas de agruparse como la identidad nacional o la lengua, Internet ha conseguido, para algunos, dar forma a una nueva esfera pública global que debate sobre lo público y toma decisiones en común una vez todos los sectores de la sociedad civil han participado y sido escuchados. Sin embargo, como expone Mattelart, la creación en el poder de una sociedad civil global soberana, electrónicamente conectada, liberada de las fronteras y de las grandes maquinarias establecidas, y que se enfrenta sola a los megagrupos transnacionales continúa siendo un mito (2006, p. 155).

Conviene tener presente que el Estado-nación se resiste a desaparecer de los mundos virtuales. De hecho, ha participado activamente en Internet y el ciberespacio desde los inicios y ahora somos testigos de sus intentos por recolocarse en un contexto globalizado para mantener sus privilegios. Es significativo cómo ha aprovechado la nueva arquitectura de Internet, su funcionamiento en red, para ejercer un control más efectivo sobre los ciudadanos, incapaz como es para regular los flujos globales de información. O cómo decide poner límites a la comunicación *online* y regular el acceso de sus ciudadanos a Internet como medida para garantizar su legitimidad y seguridad nacional. E incluso, cómo ha demostrado la importancia de la identidad nacional en un mundo supuestamente 'sin fronteras' con la creación de dominios particulares que ayuden a visualizarlo. Aunque, sin duda, es su doble capacidad para potenciar o solucionar la brecha digital lo que pone de manifiesto con mayor ahínco la enorme incidencia de sus decisiones, tanto en una dirección como en otra.

En estos momentos, todo indica que la divisoria digital entre los conectados y los que no lo están, sean Estados en vías de desarrollo o ciudadanos de los propios Estados que se han quedado al margen, se agranda. Si no reducimos estos desequilibrios en el modelo de crecimiento y bienestar lo acabaremos pagando todos. Los primeros desajustes importantes ya se expresan en forma de una esfera pública global de privilegiados, muy activa, pero incapaz de incorporar a sus redes a millones de personas. Por si fuera poco, tiene que enfrentarse, además, con una serie de esferas públicas de ámbito local, regional y nacional, que han aparecido recientemente también favorecidas por la red. Las propuestas recogidas bajo el nombre de administración electrónica se convierten en claros exponentes de estas esferas públicas nacionales, tal y como hemos comprobado en el caso español. Unas experiencias que, según parece, han desarrollado mucho más los elementos de e-gobierno que aquellos que inciden en la e-democracia, lo que contribuye a realzar los aspectos más elitistas del sistema democrático representativo mientras se marginan las propuestas más estrictamente democratizadoras. Esto convierte la administración electrónica en un instrumento valioso para la legitimación del Estado-nación, en un momento crucial sobre su continuidad como estructura de poder. Por último, no debemos olvidar la capacidad de Internet para reproducir identidades nacionales a través de largas distancias, uniendo poblaciones dispersas en comunidades virtuales. En definitiva, como advierte Eriksen, Internet ayuda a crear un sentido de cohesión social e integración cultural, inestable en esencia, pero cohesión al fin y al cabo (2007, p. 16).

Llegados a este punto, la pregunta se presenta ineludible: ¿hay alguna posibilidad de que las TIC e Internet se constituyan como el principal instrumento para la construcción de una sociedad democrática más allá del Estado-nación? Los resultados del presente trabajo nos

obligan a ser pesimistas. Internet tiene su anclaje en la realidad cotidiana y ésta, salvo contadas excepciones, continúa regulando prácticas identitarias bajo la dualidad 'nosotros' y 'ellos'. No sólo en cuestiones de identidad nacional, sino también a la hora de abordar aspectos como el género o la raza, que se trasladan a las comunidades virtuales con especial énfasis. De todas formas, las instituciones mediáticas, e Internet lo es, son instituciones sociales y, por tanto, sus usos no se pueden controlar ni predecir (Lull, 1997; Williams, 2003). Gracias a este carácter ambivalente de los media, algunos autores todavía confían en la potencialidad de Internet y las TIC para afianzar los sistemas comunicativos y constituir una ciudadanía social que regule los procesos democráticos a partir de ahora. Para ello, Everard (2000) y Rodrigo Alsina (2000), entre otros, abogan porque Internet sea quien capitalice una reinscripción del sujeto que permita reconfigurar el mismo concepto de identidad, articular nuevas maneras de pensarnos y representarnos, pero también de pensar y representar a los demás. Una manera de redescibir nuestro mundo permanentemente (Barker, 2003) que debe tener una correspondencia en el ciberespacio, donde esas identidades múltiples, siempre en proceso, finalmente tomen forma.

De momento, lo que nos encontramos en la red no es del todo satisfactorio. Las iniciativas transnacionales y democráticas elaboradas por la sociedad civil que circulan por Internet tienen que convivir con las representaciones más excluyentes promovidas por los Estados-nación. Por eso, no podemos compartir la autocomplacencia de algunas voces. El simple hecho de 'estar' en el ciberespacio ya no es suficiente. Debemos mirar qué hay a nuestro alrededor y reconocer al tiempo que cuestionar la manera en que el Estado-nación participa en las TIC. Evidenciarlo debería ser un primer paso para empezar a exigir unas nuevas tecnologías de la información y la comunicación capaces de impulsar discursos y estrategias que provoquen el surgimiento de nuevas comunidades y nuevas formas de hacer política que generen otras maneras de entender las responsabilidades colectivas y la construcción de la ciudadanía. No hacerlo significa, en cambio, permanecer impasibles antes los problemas del Estado-nación en asumir la diversidad cultural así como aceptar un cierto tutelaje de la administración y las empresas en estas nuevas relaciones comunicativas.

Referencias bibliográficas

- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada*. Montevideo / Buenos Aires: Ediciones Trilce (Fondo de Cultura Económica de Argentina).
- Anderson, B. (1992). *Long-distance nationalism: World capitalism and the rise of identity politics*. University of California (Working Papers): Berkeley.
- Anderson, B. (1993): *Comunidades imaginadas*. México DF: Fondos de Cultura Económica.
- Barber, B. (1998). Which Technology and Which Democracy? *MIT Communications Forum*, Disponible en: <http://www.mit.edu/comm-forum/papers/barber.html>.
- Barker, Ch. (2003). *Televisión, globalización e identidades culturales*. Barcelona: Paidós.
- Billig, M. (1995). *Banal Nationalism*. London: Sage Publications.
- Burkhalter, B. (2003). El descubrimiento de la identidad de raza en las discusiones de Usenet. En Smith, M. y Kollock, P. (Eds.), *Comunidades en el ciberespacio* (pp. 89-108). Barcelona: UOC.
- Castells, M. (2001). *La Galaxia Internet*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Castells, M. y Tubella, I. (2002). *La Societat Xarxa a Catalunya*. Barcelona: UOC. Informe disponible en: <http://www.uoc.edu/in3/pic>.
- Clarke, R.A. (2004). *Contra todos los enemigos*. Madrid: Taurus.
- Clift, S. (2004). E-government and democracy. Representation and Citizen Engagement in the Information Age. En: <http://www.publicus.net>, para el *2003 World Public Sector Report*, Naciones Unidas.
- Edensor, T. (2002). *National identity, popular culture and everyday life*. London: Berg.
- Eriksen, T.H. (2007). Nationalism and the Internet. En *ASEN Nations and Nationalism* (pp. 1-17). London: Blackwell.
- Everard, J. (2000). *Virtual States. The Internet and the boundaries of the Nation-State*. London / New York: Routledge.
- Ferguson, M. y Holding, M. (1996). Los estudios culturales en tiempos cambiantes: Introducción. En M. Ferguson y M. Holding (Eds.), *Economía política y estudios culturales* (pp. 15-37). Barcelona: Bosch.
- Foucault, M. (2005). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- Francescutti, P., Baer, A., García de Madariaga, J.M., y López, P. (2005). La 'Noche de los móviles': medios, redes de confianza y movilización juvenil. En Sampedro, V.F. (Ed.), *13-M Multitudes on line* (pp. 63-83), Madrid: Libro de las Cataratas.
- García Canclini, E. (1992). *Culturas híbridas*. Buenos Aires: Paidós.
- García Canclini, E. (1999). *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.

- Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza.
- Grüner, E. (2002). *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Buenos Aires: Paidós.
- Hall, S. (1996). Who needs identity? En Hall, S. y du Gay, P. (Eds.), *Questions of Cultural Identity* (pp. 1-10). London: Sage Publications.
- Hall, S. (1999): The questions of cultural identity. En Hall, S., Held, D. y McGrew, T. (Eds.), *Modernity and its Futures* (pp. 273-325). Cambridge: Polity Press.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- Hannerz, U. (1998). *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*. Madrid: Cátedra.
- Held, D. (1997). *La Democracia y el Orden Global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*. Barcelona: Paidós.
- Hroch, M. (2001). *La naturaleza de la nació*. Catarroja: Afers / Universitat de València.
- Jameson, F. (1991). *Postmodernism, or, the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press.
- Jenkins, H. y Thorburn, D. (2003). The Digital Revolution, the Informed Citizen, and the Culture of Democracy. En H. Jenkins y D. Thorburn (Eds.), *Democracy and New Media* (pp. 1-17). MIT Press: Cambridge.
- Jerez, A. y López Martín, S. (2005). El núcleo activista: la izquierda social madrileña y la convocatoria del 13-M. En Sampedro, V.F. (Ed.), *13-M Multitudes on line* (pp. 84-118). Madrid: Libros de la Catarata.
- López, G. (2004). Estrategias informativas y recepción mediática: la invasión de Iraq de marzo-abril de 2003. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 8.
- Lozada, M. (2001). Políticas en red y democracia virtual: la cuestión de lo público. En Mato, D. (Ed), *Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y Transformaciones Sociales en Tiempos de globalización* núm. 2. (pp. 133-146). Caracas / Buenos Aires: UNESCO y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Lull, J. (1997). *Medios, comunicación y cultura*. Buenos Aires: Amorrurtu.
- Mann, M. (2000). ¿Ha terminado la globalización con el imparable ascenso del Estado nacional? *Zona Abierta* 92/93, 175-211. Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. México DF: Editorial Gustavo Gili.
- Mattelart, A. (2006). *Diversidad cultural y mundialización*. Barcelona: Paidós.
- McLuhan, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Méndez Rubio, A. (2003). *La apuesta invisible. Cultura, globalización y crítica social*. Barcelona: Montesinos.

- Morley, D. (1996). EurAm, modernity, reason and alterity or, postmodernism, the highest stage of cultural imperialism? En D. Morley y K. Chen (Eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies* (pp. 326-360). London / New York: Routledge.
- Morley, D. (2000). *Home territories. Media, Mobility and Identity*. London / New York: Routledge.
- Murdock, G. (1996). Comentarios de base: Las condiciones de la práctica cultural. En M. Ferguson y M. Holding (Eds.), *Economía política y estudios culturales* (pp. 161-183). Barcelona: Bosch.
- O'Brien, J. (2003). La (re)producción del género en la interacción online. En M. Smith y P. Kollock (Eds.), *Comunidades en el ciberespacio* (pp. 109-146). Barcelona: UOC.
- Ohmae, K. (1996). *The End of the Nation State. The Rise of Regional Economies*. London: Harper Collins.
- Peris, A. (2005). Administración electrónica y poder del Estado. En G. Llorca y A. Peris (Eds.), *eAdministració i eCiutadania* (pp. 222-271). València: Universitat de València.
- Rheingold, H. (2000). *The Virtual Community. Homesteading on the Electronic Frontier*. Cambridge / London: MIT Press.
- Robertson, R. (1998). *Globalization, social theory and global culture*. London: Sage Publications.
- Rodrigo Alsina, M. (2000). *Identitats i comunicació intercultural*. València: Edicions Tres i Quatre.
- Sampedro, V.F. y López, G. (2005). Deliberación celérica desde la periferia. En Sampedro, V.F. (Ed.), *13-M Multitudes on line* (pp. 119-158). Madrid: Libros de la Catarata.
- Sampedro, V.F. y Martínez Nicolás, M. (2005). Primer voto: castigo político y descrédito de los medios. En Sampedro, V.F.: *13-M Multitudes on line* (pp. 24-62). Madrid: Libro de las Cataratas.
- Smith, M. y Kollock, P. (Eds.) (2003). *Comunidades en el ciberespacio*. Barcelona: UOC.
- Schiller, H. (1986). *Información y economía en tiempos de crisis*. Madrid: Tecnos.
- Schlesinger Wass, E. (Ed.) (2003). *Addressing the World*. Oxford: Rowan and Littlefield Publishers.
- Scott, J. (1995). Multiculturalism and the politics of identity. En Rajchman, J. (Ed.), *The identity in question* (pp. 3-12). London / New York: Routledge.
- Subirats, J. (2002). Los dilemas de una relación inevitable. Innovación democrática y tecnologías de la información y de la comunicación. Disponible en: <http://www.democraciaweb.org/subirats.pdf>.
- Tarrow, S. (1999). *Power in movement (Social Movements and Contentions Politics)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tomlinson, J. (2001). *Globalización y cultura*. México DF: Oxford Univerity Press México.

- Turkle, S. (1997). *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*. Barcelona: Paidós.
- Vázquez Montalbán, M. (1997). *Historia y comunicación social*. Barcelona: Editorial Crítica.
- VV.AA. (2006). *eEspaña 2006. Informe Anual sobre el desarrollo de la Sociedad de la Información en España*. Madrid: Fundación France-Telecom España.
- Williams, R. (1974). *Television: Technology and Cultural Form*. London / New York: Routledge.
- Williams, R. (Ed.) (1992). *Historia de la comunicación. De la imprenta a nuestros días. Vol. 2*. Barcelona: Bosch.
- Williams, R. (2003). *Television*. London / New York: Routledge.